

Discusión de la conferencia de Jean Laplanche

Javier García¹

Introducción

En primer lugar quiero expresar la alegría de tener entre nosotros a Jean Laplanche. Por la transmisión de un trabajo profundo, crítico y destructivo de la obra de Freud, por su teoría, que innova tanto la práctica como la metapsicología psicoanalítica en sus fundamentos mismos y, en forma muy especial, por el reconocimiento y afecto que le tenemos aquellos que hemos estudiado desde un principio los textos freudianos acompañados por el Diccionario de Psicoanálisis y por las tan esperadas Problemáticas. Quiero destacar que J. Laplanche no nos dio tregua con la intensidad a la vez de rigurosidad y creatividad de sus textos y nos ha transmitido sus diferencias con autores que son de gran influencia en su pensamiento, me refiero fundamentalmente a S. Freud y J. Lacan. Esta actitud dentro del psicoanálisis, de profundizar haciendo trabajar los textos a la vez que diferenciándose y proponiendo un pensamiento propio, sin renegar de las influencias recibidas, nunca la valorizaremos suficientemente como rasgo transmitido en su obra. Por todas estas razones mi reconocimiento.

En el acuerdo o en la discrepancia, otras veces en el acierto o en el error, hemos trabajado sus ideas desde hace ya mucho tiempo. Hoy tenemos una oportunidad largamente esperada. Del mismo modo que Laplanche nos propone hacer trabajar los textos freudianos, la propuesta de este encuentro es trabajar las ideas de J. Laplanche, discutiéndolas. Si nos hacemos muchas preguntas podrán reconocer también en ello una herencia.

Para la discusión he pensado tratar de transmitirle al prof. Laplanche y al público, un recorte, cierto compactado de lo que pudieron ser algunos momentos intensos de la discusión de sus ideas en grupos de estudio en los que hemos trabajado. Mostrar idas y venidas, nudos y posibles recorridos que se nos fueron perfilando, así como preguntas. No para ser necesariamente respondidas, sino para abrir la reflexión. Por esta razón no será algo pulido y armonioso.

¹ Miembro Titular en funciones didácticas de la APU. Director del Instituto de Psicoanálisis. Bvar. Artigas 2654. CP 11600. Montevideo, Uruguay.

Cuando hablamos de Psicoanálisis estamos siempre en mayor o menor medida en un nivel teórico-práctico. A veces, como hoy, en una zona que implica un mayor grado de abstracción y de manejo conceptual, como es la metapsicología. Otras, con pensamientos y ocurrencias que surgen en la práctica analítica o muy cercanos a ella. Sin embargo, la complejidad de la escucha, los múltiples factores que en ella operan, requieren de nuestra disponibilidad teórica para poder pensar. En todo caso, nuestras teorías, así como nuestras ocurrencias y sentimientos, y los discursos del paciente necesitan estar disponibles para ser deconstruidos y parcialmente rearmados.

No solo en la práctica clínica. La actividad llamada teórica, es también una práctica analítica. En ella engarzan, en diferentes mezclas, la propia experiencia de análisis, la clínica como analistas y las teorías que disponemos. No estoy refiriéndome a un engarce en una dimensión macro de estas zonas, sino especialmente, a la aparición de ocurrencias, interrogantes, oscuridades, traspiés, muchas veces puntuales.

Es posible que estas preferencias choquen con las grandes corrientes formalizadoras en el psicoanálisis: la estructuralista, la psicológica y la empirista, por ejemplo. Pero en el medio de los grandes movimientos, siempre en alguna medida totalizadores, me encuentro más cerca de una dimensión artesanal como planteara Willy Baranger.

Estamos en una zona donde interviene el saber, sin duda, no hay que quitarle el cuerpo a esto. Manejamos conocimientos y nos importa la seriedad con que esto se hace. Pero en el campo psicoanalítico no disponemos de un saber armónico, perfectamente construido, totalizador, sino por el contrario pausado por huecos, quiebres, desvíos y pautado por interrogantes que en el mejor de los casos bordeamos, haciéndolos trabajar.

Los temas que hacen a los orígenes del sujeto psíquico nos desafían en la misma frontera del conocimiento, tanto el psicoanalítico como el de otras disciplinas. Y cuando nos acercamos a esos territorios tenemos la impresión de estar tan cerca de lo esencial como de lo imposible. Quizás por esta razón es una zona donde el psicoanálisis se ha deslizado más a recurrir a otras ciencias del hombre y de la naturaleza. Recurso a lo biológico, a lo filogenético, a lo filosófico, a lo metafísico, a lo mitológico, etc. Frontera donde tan rápidamente como se lo esquivo vuelve a aparecer el pensamiento religioso. Pretender estar libre de ello no sería, quizás, más que otra creencia.

Es en este contexto que me aproximo a los desafíos que nos plantea la teoría de la seducción generalizada, que trabaja los grandes conceptos limítrofes de la teoría psicoanalítica: pulsión, registro, fundación de tópica, entre otros. Situar estos procesos

dentro del campo material de la experiencia con el otro y en total excentricidad respecto a causas implícitas del sujeto en fundación, es otro desafío de esta teoría.

Me centraré en dos aspectos que hacen a una zona de la teoría de la seducción generalizada: la seducción en la relación madre-hijo y la inscripción o implantación significativa.

Seducción originaria

J. Laplanche hace un aporte fundamental al introducir a la seducción como un proceso de origen del psiquismo infantil donde la sexualidad humana viene del otro sexual que cumple la acción específica: la madre. Ella introduce elementos materiales que son desconocidos y carentes de significación para el infans pero también para ella, en tanto inconcientes. Y darán origen, como restos de mecanismos de apropiación-simbolización, al inconciente originario del nuevo sujeto. El inconciente se sostiene así en una fundamentación psicoanalítica que surge de su práctica, como lo es el concepto de represión y su origen intenta deslindarse de linajes genéticos, psicológicos, filogenéticos, biológicos, metafísicos, míticos y de una noción dura de estructura transindividual y lingüística.

La fuerte discusión que J. L. establece con un estructuralismo a ultranza, no es algo que nosotros podamos sentir familiar. La excentricidad respecto al lugar de origen y apasionamiento de las ideas estructuralistas quizás nos haya permitido recibirlo de forma menos dura, relativizándolo. Puede ser ésta una de las ventajas de vivir en las periferias.

No menos importante es la consecuencia de concebir esta seducción y represión fundante como proceso, extendiéndose en las distintas fases del desarrollo libidinal descritas por Freud. Se nos abre aquí un campo de investigación entusiasmante. Por la riqueza que implica una concepción fundacional que necesita de una historia erógena con el otro y las posibles derivaciones que esto nos puede traer en la comprensión de la psicopatología y de la actualización transferencial en la práctica analítica. Aquello que antes quedaba referido a un momento o tiempo mítico y hasta a una necesidad teórica, ahora cobra el espesor y la materialidad de experiencias libidinales con el otro (los otros) en un período histórico.

Compartiendo la hipótesis fundamental de que la sexualidad viene desde el otro, que lo endógeno es el instinto pero que la sexualidad infantil se arma en esa relación de seducción, a través de una operación de sustitución o recalce de la autoconservación por la sexualidad. Compartiendo también la asimetría radical que establece la sexualidad en

esta relación. Sin embargo, pensar que el hijo está siempre en posición pasiva respecto a la circulación de lo sexual con la madre ¿no supone volver a colocarlo en un primerísimo momento donde no dispone aun de implantación desde el otro? Una vez que el pecho-pezones es aportado como objeto pleno de sexualidad desde la madre y éste implanta lo erógeno en el cuerpo del infans, ¿cómo pensar que esta boca y cuerpo erogenezándose no participa activamente en esta relación y que lo que se arma entrambos no constituye algo nuevo, digamos metafóricamente una “danza” singular para esa madre con ese hijo? ¿Cómo discriminar la implantación desde el pezón erógeno materno, la excitación oral que provoca en el hijo y la respuesta activa de succión sexual del bebé que estimula a su vez a la madre?

La sexualidad de la madre al bebé no es independiente de él. El bebé es portador y productor de significantes sin significado adherido (rasgos, pequeños gestos, movimiento, llanto, grito, etc.) que requerirán ser descifrados o interpretados por la madre, pero que sobre todo, la interpelan en relación con lo desconocido en ella y convocan su deseo. Cumple una función enigmática hacia la madre. Podemos dar un ejemplo negativo de esto: cuando un niño no emite significantes que interpielen el deseo de la madre, como en el autismo, la posibilidad de la madre de investirlo es claramente menor.

Por estas razones pienso que podemos conceptualizar un proceso de seducción en la relación madre-hijo, más amplio, bidireccional y complejo, de difícil discriminación de los elementos constitutivos, que implica también al hijo como enigma para la madre y a la actividad sexual infantil del bebé.

Ahora bien, este no es el concepto de seducción originaria descrito por Laplanche. La seducción originaria es un concepto mucho más específico que implica un movimiento unidireccional de significantes sexuales enigmáticos de la madre al hijo, del ice materno a la implantación, para en un segundo tiempo ser apropiados o no mediante un proceso de metabolización.

La seducción originaria, ¿se opone a un concepto más amplio de seducción en la relación madre-hijo o constituye una parte específica y fundante de él?

Implantación significativa

El concepto de mensaje parece ser más amplio que el de discurso entendido en su dimensión verbal, integrando gestos, miradas, etc., pero sobre todo parece destacar el envío desde el adulto al niño, para deslindarlo del concepto de estructura transindividual. El contenido del mensaje también es amplio: aspectos adaptativos, elementos pre-cc, transaccionales. Lo determinante son los significantes icte enigmáticos portadores de sexualidad.

No obstante parece difícil establecer una disección de los elementos constitutivos del mensaje. La sexualidad ya ha efectuado su recalce en el aparato psíquico materno y todo lo que envíe estará sexualizado en mayor o menor medida.

Por otro lado, cuando Laplanche habla de la traducción y dice que ésta trata al mensaje como un todo coherente, supone en el mensaje una organización descifrable, posible de ser traducida. Pero lo que se traduce no es directamente el mensaje M1 sino su implantación. De modo que es en lo implantado que podemos pensar elementos que pueden ser traducidos, que tienen una cierta organización y otros “anamorfóticos” no traducibles.

Encuentro aquí una primera dificultad similar a la planteada anteriormente con la unidireccionalidad de la seducción originaria. La erogenización del cuerpo del bebé implica una inscripción o lo que podríamos llamar un mapeo libidinal de la geografía corporal. Estas inscripciones, que también podemos homologar al signo perceptivo freudiano, como hace J. Laplanche con los significantes enigmáticos implantados, no parecen provenir solo de la madre al hijo: “signo que hace signo”. Seguramente no es registrado solo el pezón introduciéndose en una boca pasiva que se excita, es también la succión, la deformación y apropiación del pezón que el bebé provoca en su boca, el olor, el gusto, la sensación táctil de la mano dirigida activamente a acariciar y agarrar el pecho, el sostén que está dando la madre, la voz, etc. Ejemplos como éste los podemos tener también en la fase anal y en la organización fálica, donde queda aun más en evidencia la participación sexual activa del niño.

En nuestro medio, en los comienzos de los años 70, Gilberto Koolhaas (“El inconciente, inscripción, texto y archivo”, 1975, p. 266 y p. 280, de. Eppal, Mtdeo.) hablaba de la transcripción de una engramación por signos de percepción que homologaba a signos gráficos, en la engramación por signos de lenguaje que homologaba a signos fónicos. Es decir, una primera inscripción de la experiencia erógena con el otro tendría el carácter de una escritura no fónica, no organizada por el lenguaje verbal, una *grafía*, una archiescritura en el sentido que le dio Jacques Derrida.

Hacia una lectura de Lacan con aportes de Derrida y Chomsky. El paso de un engrama al otro, es el paso de un lugar sin tiempo, de la simultaneidad, a otro con tiempo o cronológico. En esta concepción el signo perceptivo freudiano constituye el inconciente, a diferencia de lo que plantea J. Laplanche. En la transcripción del engrama gráfico al fónico situaba a la represión originaria.

¿Por qué no considerar a esa grafía erógena la fuente pulsional y toda posibilidad de engramación discursiva siempre un a posteriori que no la puede recubrir enteramente ni agotarla? ¿Por qué es necesario un segundo momento de caída de un resto, para hablar de objeto-fuente de la pulsión si estas marcas erógenas son ya plenas de excitación? ¿Se trata de una operación necesaria para despejar del icc toda inscripción que pudiera implicar un cierto orden, oposiciones, simultaneidad del signo perceptivo por ejemplo, aunque no sea lingüístico? Pero aun así ¿cómo entender que un significante designificado, una materialidad que es excitación, no implique en su propio trazado una diferencia, una oposición básica en relación con la superficie no marcada en la que se instala? En última instancia la pregunta es ¿porqué no alcanza con una teoría de doble inscripción donde la nueva engramación sepulte originariamente a lo traducido?

Implantación y placer: ¿más allá?

La implantación de un significante enigmático, pleno de excitación sexual, no puede ser considerada una experiencia de placer, tal como lo concebía Freud. El placer en la teoría freudiana es una vivencia en oposición al displacer y secundario a él, por descarga de la tensión displacentera. El principio de placer, que no es un principio hedonista sino más bien de displacer-placer, es un mecanismo de regulación energética, de equilibrios que, más allá de cierta tensión, tiende a la descarga. Es un sistema de oposición, un orden binario.

En Freud la inscripción de la experiencia primaria con el otro es el registro de una satisfacción, de una disminución de la tensión interna. Es ésta la huella que se recarga en el movimiento que describe el deseo. Consecuencia de concebir a la pulsión como fuerza de procedencia endógena. El objeto permite la disminución de la tensión interna de origen endógeno.

En cambio en la teoría de la seducción originaria es el otro el que introduce un monto de excitación.

En Freud el principio de placer parece estar operando desde el origen del aparato. En la teoría de la seducción originaria esto se nos plantea como problema, como pregunta, pues si este principio fuera allí operante, la implantación de un monto de excitación se

correspondería con una expresión de displacer. Esta no es, obviamente, la impresión que nos da un bebé al recibir el pecho de la madre.

Por otra parte, si en lo reprimido originario rigiera el principio de placer, esto hablaría ya de un orden regulatorio de los significantes designificados.

En relación a la efracción de la superficie corporal en la intrusión traumática, Freud recurre al concepto de dolor. Tampoco nos parece aquí adecuado. Si bien el dolor puede tener un carácter placentero, como en el masoquismo, y aquí se trata también de sufrir pasivamente la sexualidad de otro que la ejerce activamente, en todo caso parece señalarse una vecindad entre conceptos como el de masoquismo primario, pulsión sexual de muerte y reprimido originario, pero parecería apresurado hacer allí una identidad y una asimilación del concepto de dolor placentero para la seducción originaria.

¿Cómo entenderlo? ¿Qué implicancias tiene considerar una primera inscripción como introducción de excitación sexual desde el otro? ¿Podríamos pensar allí un más allá –o quizás más acá– del principio del placer, algo lógicamente anterior a la instalación de este mecanismo regulatorio, pero también algo que siempre queda fuera de él?

Quiero con esto retomar preguntas anteriores:

1) ¿por qué la unidireccionalidad madre-niño de esta seducción originaria si la relación madre-niño es compleja e implica también la sexualidad desde el hijo?

2) ¿por qué se implanta sólo lo que viene de la madre?

3) ¿por qué esa implantación se considera fuera del psiquismo, del inconsciente, en el cuerpo real del infans? Más allá de que en un primer momento el aparato no esté fundado. La seducción originaria es un proceso que podríamos pensar dándose con un aparato psíquico en formación y la implantación seguiría siendo corporal.

En mi opinión existe un proceso sexual más complejo y no unidireccional en la relación madre-hijo, adulto-infans, resultado del cual se produce una engramación de la superficie corporal, lo que antes he llamado un mapeo libidinal del cuerpo, que lo hace erógeno. Engramación que dispone de diferentes ordenamientos que no son el lenguaje verbal-fónico, pero que permitirán una transcripción discursiva posterior.

Sin embargo, intento pensar lo específico de la propuesta de la seducción originaria. Debo reconocer que hablar de aspectos anamorfóticos del mensaje o de lo desconocido del significante enigmático para la madre o de que toda traducción deja siempre un resto, no parecen argumentos decisivos.

El intento es pensar si la especificidad de la seducción originaria, su unidireccionalidad, su diferenciación de un vínculo sexual más amplio y dinámico regido por el principio de placer, consistiría en concebir una experiencia, un rasgo de toda experiencia de origen, un núcleo más allá del principio de placer. Que no está en el circuito del deseo, que no es satisfacción, sino irrupción de tensión, excitación desde una realidad material exterior que hace al cuerpo del niño su objeto sexual.

Sin duda que esto nos conecta con la teoría del trauma en Freud, pero no sólo por ese “cuerpo extraño interno”, sino por lo que él tiene de goce perverso para el adulto activo en esa irrupción, introduciendo goce en el cuerpo del infans. Me refiero a “perverso” acá, no en el sentido de estructura perversa, sino a lo perverso polimorfo descrito por Freud en la sexualidad infantil.

Como consecuencia me pregunto si ese rasgo específico del significante sexual materno que hace carne en el infans y toma la carne como objeto, que no entra en estructura binaria del principio de placer, ni más compleja como en traducciones simbolizantes y queda como resto, podría pensarse como un goce, un goce del cuerpo. Un núcleo de goce irreductible a toda traducción como consistencia del inconciente originario, como objeto-fuente pulsional. Reencontrar en el origen de la sexualidad humana, no sólo el cuerpo extraño interno de la teoría del trauma, sino el goce (perverso) del otro como causa del goce del infans. ¿No es a esto que apunta Laplanche cuando en el ejemplo de la escena primaria insiste en la intencionalidad y envío de sexualidad inconciente de los padres al hijo?

¿Por qué J. Laplanche no recurre a un concepto de “goce”? Comprendo las dificultades que puede traer su historia teórica. Sin embargo pienso que puede ayudar a situar una especificidad de estos significantes inconcientes encarnados que quedan siempre fuera de estructura y que parecen diferenciables del resto de los significantes sexuales que circulan en la relación madre-hijo, regulados por el principio de placer, ordenados por sistemas de oposiciones y relaciones no especialmente verbales.

Por eso cuando me refiero a “goce” lo hago:

1) para diferenciarlo del placer y de toda regulación binaria del principio de placer freudiano. Lo ubico así más allá de este principio. En esto hay coincidencia con J. Lacan.

2) para caracterizar algo que se produce en el cuerpo, en toda la superficie corporal y no en una parte elegida como fetiche para el goce fálico perverso.

3) para identificar la inscripción corporal sólo de significantes sin significado adherido, que portan e instalan un monto de energía sexual inespecífica. Acto que es fijación al mismo tiempo que desconexión de redes significantes.

Es decir, sin necesidad de tomar conceptos como el de “Cosa”, castración simbólica y goce fálico, de J. Lacan.

Pienso igualmente que seguramente J. Laplanche tendrá sus motivos para no recurrir a un concepto de “goce”.

Entendido en este sentido que acabo de especificar, ¿podría ser el goce un rasgo común del significante enigmático y del imperativo categórico que los hace intraducibles y señale algo de esa zona donde el Superyo se hunde en el Ello? ¿No hay en un imperativo como el “debes... porque así lo quiero yo”, un acto de imposición que reproduce el goce adulto y su introducción en el infans?

Descriptor: SEDUCCIÓN / SEXUALIDAD / PLACER / DISPLACER

Autores-tema: Laplanche, Jean